

EL ALMA Y EL ESTADO



«Se verá por estas observaciones que considero la libertad de la fortaleza moral del alma individual como el bien supremo y el más alto fin de Gobierno. Bien sé que suelen adoptarse a menudo otros puntos de vista. Se dice que el Gobierno es para el público, para la comunidad, no para el individuo. La idea de un interés nacional prevalece en los espíritus de los estadistas, y se sobrentiende que a él debe sacrificarse el individuo. Pero yo he de mantener que no ha sido tanto hecho el individuo para el Estado cuanto el Estado para el individuo. Cada hombre no ha sido creado para las relaciones políticas como su fin más alto, sino para el indefinido progreso espiritual, habiendo sido colocado en relaciones políticas como en un medio para su progreso. El alma humana es más grande, más sagrada que el Estado y jamás debe ser sacrificada a él. El alma humana ha de sobrevivir a todas las instituciones terrenales. Ha de pasar la distinción de nacionalidades. Tronos que se sostuvieron durante edades han de someterse a la sentencia pronunciada sobre las obras todas de los hombres. Pero el alma humana sobrevive y el sujeto más oscuro, si es fiel a Dios, se alza a un poder no manejado nunca por potentados terrenos».

Estas nobilísimas palabras, henchidas de fe en el final destino del Hombre, fueron predicadas el 26 de mayo de 1830 por William Ellery Channing, el gran predicador unitariano de Norte América. Son palabras que expresan la fe de los verdaderos amantes de la libertad humana, que en el individuo y por el individuo se cumple. Porque el Estado, mero instrumento para la perfección del individuo, ni tiene alma ni puede tenerla.

A esas nobilísimas palabras de Channing, uno de los más grandes profetas de la nobilísima raza anglo-sajona, que parece destinada a mantener el más íntimo y cristiano sentido de la libertad en el mundo—frente al paganismo estatista—cabe añadir aquellas otras de nuestro Calderón, cuando decía: «Al Rey la vida y la hacienda—se ha de dar, mas el honor—es patrimonio del alma—y el alma sólo es de Dios».

«El alma humana es más grande, más sagrada que el Estado y jamás debe ser sacrificada a él», porque «el alma sólo es de Dios». El sacrificio de Ifigenia por Agamenón, el de la hija de Jefe por su padre, son cosas de paganismo helénico y judaico. Porque para nosotros, los cristianos, el Antiguo Testamento es un testamento pagano. También en el Levitán, como le llamó Hobbes, el Estado devora no ya las vidas y las haciendas, sino las almas de los hombres.

Y a esas nobilísimas palabras de Channing y a las no menos nobles de nuestro Calderón, quiero juntar unas que leí hace meses atribuidas al gran ciudadano francés—y no digo general, porque lo del generalato es cosa más que secundaria y sólo

una triste e inevitable necesidad—Joffre, el cual, refiriéndose a la orden dada por el Almirantazgo alemán a los comandantes de sus submarinos para que hundiesen al «Lusitania» sin advertencia previa, dicen que dijo: «No hay Gobierno francés que se hubiese atrevido a dar tal orden, sabiendo que podría no ser obedecida, porque nuestra disciplina respeta la fraternidad y la inteligencia de los ciudadanos de la República, cuya conciencia moral está más alta que cualquiera necesidad militar».

Si el noble espíritu del gran ciudadano francés a quien la República ha confiado la dirección de su defensa militar pronunció esas palabras, cabe decir que ha pronunciado las más grandes que se hayan dicho desde que empezó la guerra. Casi tan nobles como aquellas del estadista argentino: «La victoria no crea derechos».

Si la conciencia moral del ciudadano, del cristiano, del hombre, está por encima de cualquier necesidad militar. Sentíalo muy bien aquel gran cristiano y gran patriota, pero sobre todo gran hombre, que fué el general C. G. Gordon, el que murió en Kartum, junto al Nilo, y que fué mucho más que un general. Verdad es que ser un general, un caudillo, un estratega, por bue-

no que técnicamente se sea, puede moralmente no ser nada y aún menos que nada, puede ser algo hasta despreciable y abominable. El cual Gordon se arrogaba noblemente el haber alguna vez desobedecido a su Gobierno. Y llamó asesinato—«murder»—judicial a un fusilamiento que en Consejo de guerra acordaron sus subordinados.

Todas estas palabras y estos hechos de Channing, de Calderón, de Joffre, de Gordon, hay que recordar cada día en los tiempos que corremos, tiempos en que el monstruoso Moloc del Estado, el desalmado Levitán, amenaza tragarse las almas individuales. Es decir las almas, porque sólo los individuos tienen alma. Y hay que recordarlas sobre todo en esta nuestra pobre España—pobre de espíritu—que creemos indisciplinada cuando es rebañega y donde la admiración a la eficacia técnica, sea aparente o real y aparte de toda estimación ética ha llegado a los últimos grados de lamentabilidad. Hoy se ve propagar en esta nuestra patria las más hediondas doctrinas paganas por parte de gentes a quienes se debería reputar cristianas, pues de católicas se precian. Ni siquiera conocen el sentido de aquella sentencia del Cristo: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», pronunciada cuando los fariseos le tentaron preguntándole si se debía pagar el establecido tributo al conquistador romano. Ni recuerdan que alegando que era un anti-patriota le llevaron los judíos a Jesús, su compatriota, a la Cruz. Y es que el Hijo del Hombre, el Hombre por excelencia, cuya patria era el cielo, enseñó el valor del alma humana, que es más grande y más sagrada que cualquier Estado y los fueros de cuya conciencia moral no deben





ceder ante ninguna necesidad militar ni de otra baja clase política.

Grande dicen que era como general el gran Duque de Alba, y fiel servidor de su amo y señor, el Rey don Felipe II, y, como persona privada, muy cortés e inteligente, pero nada de esto le exime de la mancha indeleble que sobre su nombre y su conciencia cayó por haber puesto su talento y su energía al servicio de una causa inmoral, como fué la de pretender ahogar las conciencias cristianas de los ciudadanos de los Países Bajos, estrujándoles, de paso, las bolsas. Y gracias a Dios y a Inglaterra que pudieron los flamencos liberarse de la abominable tiranía de los Austrias de la España de entonces, de aquella triste España que tanto admiraba el Treitschke el pagano.

Pasará la guerra—quiera Dios que pronto y bien, porque si no ha de ser bien y la paz blanca o gris, más vale que no pase tan pronto—pasará la guerra y continuará en pie nuestra gran batalla, la de siempre, la de conquistar la libertad y la dignidad del alma individual, la de impedir que se sacrifique a la autarquía íntima de cada uno de nosotros a una bárbara, monstruosa y mal entendida organización, la de no permitir que una sociedad de hombres descienda a ser una colmena o un hormiguero, por muy prósperos y bien mantenidos que sean. Y los que queremos creer en la inmortalidad del alma humana, los que la deseamos, tendremos que seguir combatiendo contra la desenfrenada admiración a la eficacia técnica. Mejor, cien veces mejor que esa eficacia la imprevisión inevitable en quien vive solicitado y combatido por preocupaciones morales.

No, yo no quiero ver prosperar a España, mi patria, bajo doctrinas que nos convirtiesen a cada uno de los españoles en un átomo de ella, de la patria, en un piñón de las ruedas de su mecanismo, por bien que éste fuese y por grande que fuera el provecho temporal que de ello cada cual sacase. Ni aún cuando así me sirviese de más alto pedestal. Quiero conservar y afirmar mi derecho a ser, en mi conciencia, juez de mi patria y a poder negarle razón y justicia cuando no las tenga y a poder decir siempre que con justicia perdió Flandes, con justicia perdió las Américas y con justicia apenas hace cuenta en el concilio de las naciones europeas.

MIGUEL DE UNAMUNO.

